

# SOBRE RECOLECCIÓN DE NIDOS Y HUEVOS DE AVES

POR

PEDRO SERIÉ

Los nidos y huevos de las aves constituyen un complemento necesario en las colecciones ornitológicas y de gran valor para facilitar el conocimiento de la biología de estos auxiliares alados.

Habiendo aun muchas especies de aves argentinas cuya nidificación no se conoce, los coleccionistas y aficionados tienen un amplio campo de acción que les ofrece la oportunidad de hallar novedades de gran interés para la ornitología.

**El ambiente de las aves.** — Aunque susceptible de alguna adaptación a nuevos lugares y al uso de materiales distintos de los habituales, por lo general, cada especie de ave, nidifica dentro de una forma casi invariable, en sitios similares y con idénticos elementos. Las arborícolas elegirán con preferencia ciertas plantas, la forma, disposición y orientación de la rama, y hasta la distancia del suelo. Así, que para tener algún éxito en la recolección de nidos o en la simple observación de las costumbres de las aves, es indispensable conocer algo del ambiente en que viven y de sus hábitos de nidificación. Para las especies comunes y abundantes, esto resultará fácil: se buscarán, naturalmente, los nidos de lechuzas en pleno campo, en cuevas, sea en las de vizcacha o sea en las que hacen las mismas; los de teros, perdices, cachirlos y pechos colorados en el suelo; los de chorlos, becasinas, gallaretas y patos, en los bañados, pajonales y lagunas; al nivel del agua los de las nidífugas y suspendidos los de las nidícolas (federal, siete colores, siete cuchillas, etc.); y en los árboles la mayor parte. Ciertas especies nidificarán en el interior del tronco, otras en la copa, o sobre las ramas, gruesas o delgadas, y también colgando el nido como los boyeros.

Pero las dificultades empezarán tratándose de especies poco comunes, o de las que tienen el hábito de ocultar su nido. Hay también las que lo construyen en lugares poco accesibles; a gran altura, en la cima de los árboles elevados o en barrancas y rocas abruptas, o sitios desiertos, como las rapaces, loros y aves marinas, evitando así la asechanza enemiga y una posible destrucción.

Es muy conocida la asombrosa habilidad desplegada por las especies que acostumbran ocultar su nido o disfrazarlo con elementos naturales que no llaman absolutamente la atención, cual un verdadero mimetismo.

¿Quién no recuerda, en este sentido, la dificultad de descubrir el nido del pecho colorado, oculto en el pasto, aunque la hembra empollando haya salido a nuestros pies? ¿el de la cachirlo depositado en campo limpio en el hueco de la pisada del ganado? ¿o del churrinche encima de una rama, simulan-

do perfectamente una nudosidad, recubierta de liquen o de corteza extraída del mismo árbol? Además, la astucia de ciertas aves se opone eficazmente al hallazgo de sus nidos, siendo muy popular, entre otras, la maniobra del teru tero, el que al divisar un extraño, presunto enemigo, se alborota en vuelos de desafío y con gritos estridentes trata de desviar la atención hacia una dirección opuesta a la de su nido. Esta misma táctica, la observan también otras aves de los bosques, especialmente si tienen pichones, los que defienden siempre con energía, de acuerdo con su índole, su tamaño, y sus elementos de defensa. En cambio, otras, tímidas, se alejan al sentir ruidos o vecindades sospechosas y no reaparecen sino después de pasado todo peligro, y el coleccionista se verá en apuro para poder identificar al propietario del nido.

Pero, no todas las aves tratan de ocultar su nido, habiendo numerosas excepciones, entre las cuales algunas muy conocidas, y cuya causa no es fácil explicar. Además de la golondrina, que nidifica debajo de los techos, hasta en el interior de las habitaciones, tenemos aquí a nuestro hornero que elige los sitios más visibles y despejados, sobre postes telegráficos y de alambrados, cornizas, árboles ralos, en ramas aisladas y con frecuencia de poca altura, en sitios frecuentados, caminos y cercos; varios dendrocóptidos, como el leñatero que acumula innecesariamente abultados haces de leña, visibles desde varias cuadras (si bien el exterior cubierto con ramas espinosas entrelazadas como para defendérse de los enemigos); los gorriones y benteveos con sus enormes y poco disimulados bultos de paja, pasto, plumas y lana; hasta el mismo picaflor que, cuando no nidifica en el interior o debajo del alero de un rancho, lo hace debajo de una tupida enredadera (madreselva u otra), pero en la parte más desprovista de ramas, como para poder evolucionar libremente en sus rapidísimos vuelos; o el pequeño formicárido (*Thamnophilus ruficapillus*) que elige confiadamente (como el pequeño tiránido *Myiobius naevius*) la rama más baja y aislada de un sauce. Y así de muchas otras especies.

El coleccionista, o el simple observador de las costumbres de las aves, deberá, pues, para tener éxito, poseer algunas nociones sobre el ambiente que frecuentan éstas y sus hábitos de nidificación.

**Recolección de nidos.** — Al descubrir un nido, útil para colección, es decir conteniendo huevos (pues si tuviera pichones, sería una crueldad inútil su extracción, y debería ser recogido más tarde, una vez abandonado), antes de removerlo habrá que asegurarse de la identidad de sus ocupantes o de sus constructores, los que pueden ser distintos. Este dato es muy importante, dado que, sin la completa certeza en la identidad de las especies los nidos y huevos carecen de valor científico, por lo que, tratándose de nidos desconocidos será conveniente capturar también a los autores. Para reconocerlos a simple vista, aun teniendo algunos conocimientos ornitológicos, se tropezará a veces con dificultades, sea que los ocupantes del nido se hayan alejado o escondido y no vuelvan mientras adviertan una presencia extraña, sea que aparezcan cerca del nido, como simples curiosos, pájaros agenos al mismo; o también, que se trate de intrusos que hayan puesto en un nido abandonado, o expulsado a los legítimos dueños.

En este caso, se complicará el problema, y puede resultar difícil establecer quiénes fueron los constructores. Tratándose de nidos conocidos, como el del hornero, que es adoptado por una cantidad de aves (gorrión, golondrina, mixto, matadura—*Machetornis*, y otras) no habrá dudas; pero en el caso del nido del leñatero o el de algunos dendrocóptidos (*Synallaxis*), en los que anidan varias otras especies afines, y otras muy distintas (pato, cotorras),

además de los que introducen modificaciones en la construcción primitiva, tan sólo la experiencia podrá guiar para reconocer a los primeros y legítimos autores. Por otra parte, el parasitismo comprobado en algunas aves, constituye otra dificultad que puede confundir al coleccionista. Es muy conocido el hábito del tordo común (*Molothrus bonariensis*) que no nidifica ni cría sus pichones, sino que la hembra se limita a distribuir sus huevos en otros nidos, ya ocupados de aves, generalmente más pequeñas (chingolo, cachirla, ratona, piojito, etc.); pero los huevos de estos se distinguen fácilmente por la diferencia de tamaño y de coloración. En otros casos no ocurre así, (véase EL HORNERO, vol. I, págs. 185-187), pues tratándose de patos y gallaretas parece que reinara una complicada convivencia.

Una vez establecida la identidad de los autores de un nido, o de los ocupantes adventicios, y antes de proceder a la extracción, se retirarán los huevos que serán guardados en tubos o cajitas (separados por nidadas), envueltos en algodón o papel, con un número correspondiente al nido. Después se anotarán todos los datos relativos a éste: orientación y ubicación, topografía del lugar (llanura, sierra, bosque, laguna, etc.); si está encima de una planta, el nombre de ésta, su distancia del tronco y del suelo, en rama simple o bifurcada, en paraje tupido o despejado, desierto o transitado, cerca de casas, caminos, ríos, etc. En los nidos ubicados en lagunas y pajonales, deberá constar también la clase de soportes (paja, junco, arbusto), su altura sobre el agua, distancia de la orilla, si están en colonias o aislados. Lo mismo para los que se hallen en las barrancas, praderas, etc. Otro dato interesante, si fuera posible, sería conocer el tiempo que dura la nidificación, la postura y la incubación.

Después de llenar la cavidad de los nidos con papel y algodón, se sacarán, en lo posible, junto con sus soportes naturales; ramas, pajas, juncos o tierra, dejando para más tarde la clasificación del material que los compone y la recolección de los parásitos que puedan contener.

**Conservación.** — Los elementos vegetales o animales empleados en la construcción de los nidos, suelen ser atacados y destruidos por insectos, que invaden también las demás colecciones. Esto podrá evitarse sometiendo los nidos a fumigaciones, o al calor de una estufa o de un horno, que destruirá los parásitos. Pueden usarse vapores de azufre o de formol; o también rociarlos, mediante un vaporizador, con alguna solución de bicloruro de mercurio, arseniato de soda, u otra; o simplemente teniéndolos encerrados con abundante naftalina. Los que tengan poca consistencia, como los de algunos pájaritos, los de ráfidos y los de palomas, podrán consolidarse envolviéndolos con hilo fino o sumergiéndolos apenas en un baño, con una débil solución de goma laca blanca y alcohol, o en la de cola de pescado diluida en agua; dejándolos secar completamente antes de introducirlos en las colecciones. Pero el procedimiento de solidificar los nidos, por medio de líquidos, tiene el inconveniente de deteriorar algunos elementos de los mismos, como las plumas, y de alterar su aspecto por el lustre que dejan.

Para los nidos construidos en la tierra, o en la arena, aconsejan algunos coleccionistas, tomar medidas y sacar croquis, o si es posible, moldes con yeso de las cavidades, las que serían reproducidas después e imitadas.

En las colecciones, llevarán los nidos su etiqueta respectiva, con el nombre común y científico de la especie, la cantidad de huevos que contenían, la fecha y lugar de recolección, así como los demás datos anotados.

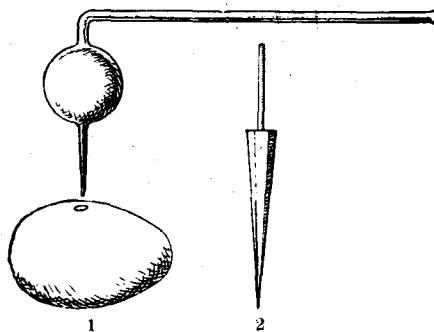
**Huevos.** — Habrá que tener presente siempre que estos carecen de

valor científico, si no llevan datos del ave correspondiente, pues no hay modo seguro para clasificarlos.

Los huevos recogidos de los nidos y conservados provisoriamente en tubos o cajas, por nidadas, con una etiqueta que indicará el nombre de la especie y un número duplicado del nido, deberán ser después vaciados y limpiados con prolijidad antes de ingresar a las colecciones.

Esta operación no ofrece mayor dificultad, sino para los de tamaño muy pequeño o para aquellos que han sido empollados y presentan el embrión ya desarrollado.

Tratándose de huevos frescos, bastará una sola perforación circular en el centro, lo más reducida, (fig. 1) de acuerdo con el volumen del ejemplar (la que podrá ser de unos cinco milímetros de diámetro para el tamaño de un huevo de gallina), conservando así la forma de las extremidades, o polos. Para hacer la apertura en la cáscara, se emplean pequeñas mechas o taladros, de punta piriforme, o fresas rayadas longitudinalmente, (fig. 2) que se hacen girar entre los dedos, dando a la perforación el ancho deseado. A falta de estos instrumentos puede usarse también una aguja o un clavo, haciendo en la punta de éste varias aristas con una lima fina.



El huevo perforado será vaciado con cuidado, mediante unas pipetas de vidrio, soplando al interior, o aspirando gradualmente el contenido si es un huevo frágil y si se emplea una pipeta de ampolla. (fig. 1) Pero habrá que mezclar previamente la clara con la yema, revolviendo con una aguja, y despegando después la membrana interna (siempre que no se trate de huevos muy pequeños), la que se desprenderá fácilmente llenando el huevo de agua por unos diez minutos, y sacudiéndolo, obturando con el dedo. Si hubiera muchos que vaciar, se puede adaptar a la pipeta una goma con perilla, que facilitará mucho la operación. Despues de extraída la membrana, se lavará interiormente varias veces con agua, introducida con la pipeta o con una jeringa.

Los huevos empollados, con embrión, exigirán una apertura mayor, según los casos, y el empleo de una solución concentrada de soda o de potasa cáustica, que se dejará hasta el día siguiente, a fin de macerar y disolver el embrión.

En los ejemplares de gran tamaño se hará una apertura en forma de opérculo, cortando con un bisturí un trozo de la cáscara, que será pegado después con goma y harina.

Se conservarán las capas calcáreas características que presentan algunos huevos de palmípedas y para los de colores delicados será preferible no la-

varlos exteriormente. Los de colores firmes, podrán ser lavados con unas 10 gotas de ácido clorhídrico en una cucharada de agua.

Teniendo en cuenta que la luz altera los colores habrá que dejarlos secar a la sombra; así como las colecciones serán guardadas en cajas cerradas, con tapas de vidrio y resguardadas con cortinas oscuras.

La etiqueta pegada en cada huevo, podrá llevar sea un simple número de orden, o sea el nombre de la especie respectiva. Pero, en general, y a fin de evitar un manoseo peligroso para los frágiles, es más conveniente indicar el nombre específico encima de la caja que contiene cada nidada, y encima de la cáscara de cada huevo, con tinta china, el número correspondiente, el que así será más duradero que en la etiqueta.

Los huevos de especies de aves cuyos nidos son de taza abierta y visible, podrán ser colocados en los mismos, pero no así en los que forman cámaras cubiertas, debiendo en este caso ser colocados en cajas al lado.

Lo interesante siempre, sería tratar de formar grupos biológicos completos, es decir con el nido y los huevos, el macho, hembra y jóvenes embalsamados.

## NOTAS

### MISCELANEA ORNITOLÓGICA

#### I

**El pollo de la gallineta *Porphyriops melanops* (Vieill.).** — El señor J. B. Daguerre, de Rosas, provincia de Buenos Aires, nos ha enviado la piel de un pichón de esta especie de gallineta, cuyo plumaje no parece haber sido aun descrito. Pertenece a un individuo recién salido del huevo y está revestido enteramente de un plumón negro uniforme; los tarsos y dedos son de este mismo color, el pico es también negro, con fajas transversales de un crema grisáceo y cerca de la extremidad de la maxila hay una pequeña mancha blanca.

#### II

**Sobre distribución geográfica de algunas aves.** — Varios ejemplares del halcón cola de tijera, *Elanoides forficatus yetapá* Vieill., han sido cazados en Marcos Paz al oeste de la provincia de Buenos Aires, durante los meses de